

nos míos, amor para los pecadores. Sólo á la lumbré de ese amor entrevemos el misterio de que no haya habido una cuna más pobre que la cuna de Jesús, ni gloria más humilde que su gloria, ni pasión más amarga que su Pasión, ni muerte más afrentosa que su muerte. A vista de la humanidad entera estarán siempre el altar y el ara del infinito Sacrificio: el altar fué el Calvario, y el ara fué la Cruz; sitios que colocados en la cima de las generaciones humanas, vieron correr por las laderas de todos los siglos la sangre fecunda y salvadora de la Víctima que daba testimonio eterno de la infalibilidad de su doctrina, de la eficacia de sus Sacramentos, de la Divinidad de su Persona, y de la unidad, la santidad y la indefectibilidad de su Iglesia.

Esta es, Señores, la Verdad Absoluta, esta la Bondad Suma, esta la Redención única que liberta por su propia virtud y su propio poder. Mas al lado del Hombre-Dios aparece la Madre extraordinaria que ha traído al Salvador á la vida, que le ha comunicado su sangre, que le ha consagrado su existencia, que consiente, por su libre voluntad, en la misión redentora, y contribuye relativamente á ella á costa de los más acerbos martirios. Y tan alta ha sido la majestad, tan inquebrantable la constancia de la Madre del Mediador Eterno, que descende sobre ella, por sabiduría y por amor, cuanto de substancial y de infinito puede Dios transmitir á un ser creado y finito; y á esa

Madre le confía luego Jesús, en la persona del Evangelista, la maternidad de los hombres por toda la duración de los tiempos; y como es tan propio de los corazones débiles, de los espíritus tímidos, buscar antes el refugio de una Madre inefablemente amorosa, que acudir á las justas severidades de un Juez recto, ante los altares de la Virgen María es donde fueron y donde irán en todo tiempo los pueblos necesitados y los corazones contritos, para que Ella les alcance del Señor gracia y misericordia.

¡Oh qué historia tan arrebatadora es desde entonces la historia de la Maternidad de la Virgen María para con las generaciones rescatadas por Nuestro Señor Jesucristo! Si recorremos detenidamente los anales de los siglos cristianos, veremos que en todos los períodos culminantes, en los momentos más supremos para la vida de la humanidad, la devoción á María influye benéfica-mente en sus destinos. Sus primeros destellos, que iluminan ya las Catacumbas, se reflejan sobre algunos altares escondidos en el palacio de los Emperadores, dan esperanza al esclavo, fortalecen á los confesores de la fe, hacen de la prisión, del tormento y del suplicio del mártir una alegría y un cielo.

Cuando los hombres del Norte se arrojan sobre el Mediodía de Europa, como si fuesen hojas de árboles de los bosques germánicos, arrancadas y esparcidas por violentos huracanes, el culto de

María preséntase á los ojos de aquellos rudos guerreros más radiante que el sol de Italia, que admiran, más fecundo que las llanuras que invaden, más rico que los tesoros que conquistan. En aquel terrible naufragio de la ciencia y de la ley; en aquella espantosa confusión de ideas y de pasiones; en aquellos choques de la ambición y aquellos hábitos de rudeza que contemplamos en los principios de la Edad Media, la devoción de la Madre de Dios ha sido el Iris que disipa las tempestades. Ella ayudó á concentrar el saber en los claustros; ella puso, aun en los corazones más endurecidos, el respeto á la santidad y la virtud; ella hizo suspender las batallas, y unirse en una tregua los opuestos caudillos para celebrar una romería de la Santa Virgen, ó venerar alguna de sus advocaciones; ella influyó en el esclarecimiento del Derecho de gentes, y obligó al vencedor á tender una mano generosa al vencido: ella enaltecó é idealizó, por último, á la mujer cristiana con el reflejo sobrehumano de sus afectos y de sus excelencias.

Cuando es el Oriente el invasor, y vienen sobre el Occidente los hijos del Yemen, y, en pos de éstos, los Almoravides, los Almohades y los Benimerines, el culto de María es el talismán sagrado que aviva el sentimiento religioso, hasta hacer como vulgar el heroísmo y como natural el milagro. España pareció tener entonces el providencial encargo de salvar la Cristiandad aterra-

da; y enseñando ya al mundo, en el comienzo de esa epopeya sublime, las munificencias de su dulce Madre en Covadonga, le mostrará, al terminarla, el triunfo inolvidable del Ave María en la vega fertilísima de la gentil Granada.

Si aparece luego, en días de desventura, la Reforma protestante, y, á fin de combatir mejor á la Iglesia Católica, niega á la Madre de Dios su valimiento é intenta oscurecer sus glorias, el nombre de María resonará, para ser incesantemente bendito, en la inmensidad de otros mundos; en el mundo que descubrió Colón, en las ciudades que rigió Motezuma, en los lugares que defendió Atahualpa, y hasta en las vastas soledades de la Oceanía. Y si, engendro del Protestantismo, establecen su dominación funesta, al cabo de sucesivas gradaciones, ese racionalismo científico y ese positivismo materialista que nos dejan ver al hombre, en medio de nuestra ponderada cultura, sin corazón y sin alma, todo sentidos, todo egoísmo, todo soberbia y desprecio, todavía la Santa Madre del Encarnado Verbo, con toda la grandiosidad de sus privilegios y con todas las tiernas manifestaciones del culto, ha sabido confundir la incredulidad contemporánea, descubriendo á la inteligencia las suaves armonías de la razón y de la fe, y ha hecho ver al espíritu del hombre extraviado y al corazón del poderoso que, más que los placeres y el oro, son deseables y provechosas la caridad y la pureza.

Por esto, Señores, todos los entendimientos elevados, todas las almas buenas, ofrecieron continuamente á la Virgen María el tributo de su fe, de su reconocimiento y su amor. El arte no dejaría nunca de consagrar á la Madre de Dios sus más preciosas obras. Aquellas primeras pinturas, imperfectamente delineadas por la mano del artista, pero en las cuales resplandece toda la modestia, toda la castidad, toda la gracia que la devoción y la virtud inspiran, vienen eslabonándose piadosamente en la historia de la Religión y del arte cristiano, hasta llegar á las raras maravillas de los pinceles modernos. A aquellas respetadas esculturas que la tradición atribuye á uno de los Evangelistas, van sucediendo otras que, conservando el interés de la actitud y la idealidad del rostro, se perfeccionan de tal modo que constituyen el más rico tesoro de la ornamentación y aquellos prodigios de la estatuaria realizados por los grandes genios católicos de la Edad Moderna. A aquellos altares de las Catacumbas, donde la oración y la piedad consolaban á los primitivos fieles de la tiranía de los Césares y de la crueldad de los Procónsules, sucedían los templos erigidos por devotas Emperatrices, ó la ermita construída á la margen de arroyuelos de plateadas cintas y entre alamedas donde cantan los ruisseños, ó aquellas catedrales bizantinas y góticas, donde ondean frecuentemente estandartes de la Virgen María, á cuya sombra ganaron nuestros Reyes,

nuestros Condes, nuestros caudillos, victorias innumerables contra los enemigos de nuestra Religión y nuestra patria.

Y si arrebatan verdaderamente la imaginación estas producciones del genio, hay algo aún que conmueve con más activa fuerza el espíritu, y son los homenajes del alma, la oración que los labios más elocuentes del Cristianismo han recogido del corazón para cantar las alabanzas de la Virgen María. A la inspirada Salutación del Angel, que la Iglesia ha unido á la Oración Dominical, haciéndola tan universal como ésta, siguen esos hermosos Himnos, pequeños y deliciosos poemas, y esas sagradas Antifonas que parecen siempre ecos del cielo y suspiros de la gracia. «Salve, Estrella del mar,» *Ave, maris Stella!* canta la Iglesia en las Festividades Gloriosas de la Santísima Virgen; y en sus Misterios Dolorosos entona aquel *Stabat Mater* que inspiró notas de sobrehumana melodía al inmortal Pergolese. ¡Dios te salve, oh Reina, Madre de misericordia! *Salve, Regina Mater.* dicen en sus súplicas fervorosas las almas amantes de María; y en la suavísima oración del *Angelus*, los corazones felices recogen diariamente tres gracias para santificar su dicha, y los corazones lacerados tres luces de esperanza, de resignación y de consolaciones. Nuestro espíritu, por último, se eleva y se extasía cuando, recorriendo la cadena de oro de los grandes talentos de la Iglesia, halla tantos seres privilegiados que con-

fesaron haber ascendido á tan elevadas esferas, porque volaron en alas de la devoción de María, á la cual consagraron los rasgos más admirables de su portentosa elocuencia: libros, sermones, cánticos y plegarias, que más bien que producto del entendimiento humano, parecen estar escritos por la pluma de los ángeles.

Tal es, hermanos míos, la acción continua, perenne, bienhechora, de la protección y el culto de María en las sociedades cristianas. Pero en esos mundos de la gracia, como en los mundos de la naturaleza, descúbrense á cada paso muchos astros, nuevos dones y nuevas hermosuras; y las misericordias de la Virgen Madre reveláronse en todos los momentos solémmes de la Historia como favores extraordinarios del cielo. A este número pertenece la institución de la Real y Militar Orden de la Merced, de la Redención de cautivos, obra muy especialmente inspirada, muy singularmente querida de la Virgen María, en los primeros lustros del décimotercio siglo.

Será siempre, sin duda, un estudio que captive á todas las almas elevadas y á todos los espíritus sensatos, recorrer los anales de las Órdenes Religiosas, hermosos Institutos que, sin ser esenciales en la economía del Cristianismo, nacieron de sus consejos de perfección evangélica, dilataron las atmósferas de su vida, difundieron sus enseñanzas y consuelos, hicieron nacer de los desiertos las flores, de las rocas las fuentes, de los eriales

el fruto, de las montañas y las selvas abrigos salvadores para el caminante extraviado. Pero tan grato y tan provechoso como este prolijo examen sería investigar á fondo la parte que la devoción y el amor á la Virgen María tuvieron en todas esas creaciones, aun cuando muchas de ellas no tomaran manifiestamente su nombre para la realización de sus beneficiosas empresas.

Sí: aquellos terapeutas que surgieron en las soledades del Egipto á las fervientes predicaciones del Evangelista San Marcos; aquellos monjes y eremitas de los siglos III y IV de la Iglesia, Pablo, Antonio Abad, Macario, Hilarión, Pacomio y Basilio; aquellos ermitaños de San Agustín, que nacen de una conversión dichosa en Milán, y van á evangelizar el África en Tagaste é Hipona; aquella Religión del Fundador Benito, plantel maravilloso de Santos y de sabios, que dió á la Iglesia, con los Canónigos Agustinos, los más ilustres Pontífices y los más celosos pastores; aquella Orden del Cister, cuyo más preciado tesoro es Bernardo de Claraval; aquellas diversas Órdenes Militares, de los caballeros de la Cadena de Navarra, de Carlos Martel, de Carlomagno, de Santiago, de San Juan de Jerusalén, de Calatrava y de Alcántara, con otras cien memorables Instituciones; todo este vistoso séquito de la Iglesia de Cristo fué recorriendo el orbe conocido, asombrándolo con sus limosnas, con sus piedades, con sus penitencias, y hasta con su espada y sus heroís-

mos; pero hallaremos siempre que su más fuerte escudo, su Intercesora más invocada, su Abogada más poderosa y amante, es la Virgen María, Madre de Dios y Madre de los hombres. Y esta verdad tan clara y tan conmovedora hubo de hacerse más patente y más notoria cuando, al finalizar el siglo XII y en los primeros años del siglo XIII, levantáronse nuevos gigantes de la caridad y de la fe; aquellos pacíficos pobladores de las laderas del Carmelo, monte cuyas bellezas fueron metafóricamente aplicadas á la celestial María; aquel Francisco de Asís, el místico amador y el austero penitente de Santa María de los Ángeles; aquel Domingo de Guzmán, siervo especialmente amado de la Soberana del cielo, que le destina para que anuncie al mundo su Rosario, esa corona que contiene la suma de los grandes dogmas, y es firmísima esperanza de los corazones creyentes. Y en pos de éstos, y como completando su obra, vienen Pedro de Nolasco, Raimundo de Peñafort, Jaime I, que, visitados en misterioso ensueño por la Madre de Dios, instruídos de sus amorosos designios, asistidos de su valimiento y su gracia, van á cumplir la redentora misión de romper las cadenas del cautivo, que gime sin consuelo en las galeras ó en las mazmorras turcas.

Señores: la historia de las cautividades es en todos tiempos una historia de aflicción y de angustia. Las ciudades y los bosques del reino de los Faraones vieron correr al par las lágrimas y

la sangre de los perseguidos Israelitas: en los ríos de Babilonia parece escuchar hoy mismo el viajero las endechas de tristeza y de muerte de los hijos vencidos de la Nación hebrea. En los días del Cristianismo, los fieles llenaban las cárceles, y salían de aquellas mansiones lóbregas para expirar entre crueles torturas, sonriendo, sin embargo, transfigurados por el amor divino: y cuando los Circos no ofrecen ya sangrientos espectáculos de víctimas humanas, al martirio sucederá un cautiverio perpetuo, más horrible que la muerte misma, en las regiones occidentales del Asia, porque el implacable Persa fué digno émulo de los verdugos de Roma, y los Cosroes pudieron competir en inhumanidad con los Neronos y los Dioclecianos. Pero vino un día en que el Árabe, fascinado por la hermosura, por el valor, por la desgracia, por las fingidas visiones de Mahoma, sale de sus turbulentas tribus, ávido de dominación y de goce; y el temido impostor y los primeros califas obtuvieron triunfos más rápidos y decisivos que los que alcanzaron los antiguos conquistadores. La Siria, la Palestina, la Persia, la Mesopotamia, el Egipto, son sometidos á los descendientes de Agar y de Ismael; y Constantinopla habría sido, mucho antes del siglo XV, el centro de sus dominios, sin la invención del fuego griego. A la noble intrepidez de los Omeyas, y á la osadía de los desleales Abasidas va sucediendo la ferocidad del berebere y del mauritano, razas todas que vienen, una tras

otra, ocupando las regiones de nuestra infeliz Península; y la acendrada fe de los hijos de Pelayo, y su resistencia tenaz, y las épicas hazañas de nuestros Monarcas y nuestros caudillos, irritan de tal suerte á los adoradores del Profeta, que ellos renuevan en muchos períodos de nuestra historia religiosa las persecuciones paganas.

Pero fué principalmente el Turco, ensoberbecido con su fortuna, siempre victorioso con Othmán y Amurates, que jamás imitaron la generosidad de Saladino, el vencedor de los divididos Cruzados, y fueron también las fieras razas argelinas, quienes se dedicaron sin tregua á apresar en los mares, á sorprender en las costas, millares de infelices que conducían aherrojados para que sirvieran sus naves, para que embellecieran sus jardines, para fortalecer sus alcazabas, hasta hacerles sucumbir con frecuencia, entre injustos castigos, entre vejaciones sin cuento, entre tristezas indecibles. Y entonces fué cuando aparecieron en el seno de la Iglesia aquellos hombres providenciales, destinados á devolver la paz á los hogares huérfanos de Europa, y á calmar el luto y el terror de la Cristiandad entera. Perdonadme, Señores, si abusé de vuestra atención con las digresiones que anteceden: entramos ya de lleno en el objeto de los presentes cultos.

Hacía ya algunos años que en la vecina Francia, hermana nuestra por la raza y hermana por la fe, dos hombres privilegiados, de sangre nobilísi-

ma, concibieron el levantado propósito de arrancar víctimas á la Media Luna, amparados con el augusto Nombre de la Trinidad de los cielos: llamábanse Juan de Mata y Félix de Valois. Félix, nacido cerca de un trono, logró guardar, como inestimable joya, la inocencia del alma, aun entre el fausto de la Corte y entre el ruido de los combates. Recogiendo de los labios de San Bernardo enseñanzas profundas, su norte fué la humildad, su aspiración más constante la pobreza. Sacerdote, profeta, penitente, ceñido de virginales aureolas, mereció ser acompañado de ángeles para cantar las alabanzas de la Virgen María, presidiendo la misma Madre de Dios aquel coro celeste. Y una de sus más hermosas diademas fué ser buscado por un sabio ilustre de la Universidad de París, y alentarle y dirigirle para realizar juntos una de las más fecundas obras de la misericordia cristiana. El sabio era Juan de Mata; y el santo joven de la Provenza, unido ya para siempre con el respetado anciano en los vínculos sobrenaturales de la caridad y de la fe, obtiene en la Ciudad Eterna la aprobación de su suspirado Instituto, vuela á evangelizar las comarcas en donde había nacido, recorre parte del Africa redimiendo cautivos, sufre tormentos que encienden más su espíritu, renuncia la dignidad cardenalicia, es recreado con la aparición de su compañero Félix, que expiró realizando milagros; y presintiendo, poco tiempo después, su cercana muerte, va á exhalar en